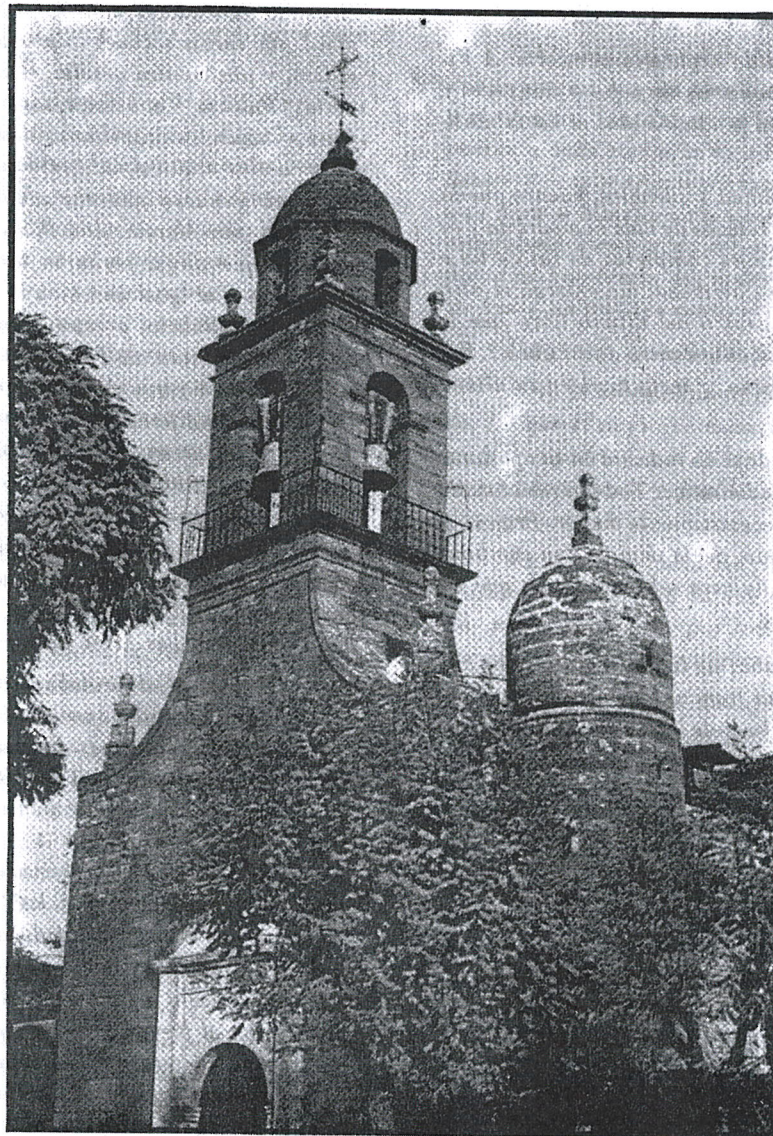


1.984 Gerardo Blanco Martínez



LA ESPINA DE CRISTAL

Me acaban de subir el correo y he leído, un tanto avergonzado, tu segunda carta. Insistes en que te amplie la fugaz conversación que tuvimos en Recoletos cuando salías para tus lares. La verdad es que he tratado de eludirla. Ahora, mi "complacencia" y . . . mi sinceridad están en el esguince que me hice el domingo al saltar un seto en El Escorial.

Lo de Vicente no es fácil de explicarlo por carta. A Vicente había que vivirle. Tú le conocías de ocho o diez veces y sé que le profesabas gran afecto y admiración: él hacía motivos. Ha sido todo tan sutil . . .

Ahora, que tengo inmovilidad y silencios, cuanto puedo hacer a tu petición es contarte retazos de vida compartida y lo más elocuente: transcribirte pasajes completos de sus cartas e incluso el verso que Mágina, su hermana, me entregó el otro día. Dijo haberlo encontrado dentro del último libro que le envié. ¿ Por qué estaría precisamente dentro de mi libro? Por la fecha debió ser su último verso, ¿ sería también su última voluntad? .

Es posible que el origen de todo radicara en su apasionada entrega y su desproporción admirativa. Todo lo relacionado con su padre tenía que ser necesariamente mejor. Bruno, el que te presenté en el Hipódromo, decía siempre con zumbona ironía: " parece que su padre hubiera sido más padre que los otros " .

Yo ni le daba ni le quitaba; me limitaba a decir que hay hijos, que de la familia admiran tronco, raíces y ramas; como los hay de remolque y sopaboba y de los que ven en la estirpe mal donde puede haber bien y escándalo a la menor negligencia. Yo pienso le decía — que un padre, por el hecho de ser normal como quizá fuera el de Vicente — puede hacerse querer y admirar sólo con dejarse entrever porque, si hasta para mirar hay que ser humilde, también hay que serlo para dejarse ver, respetando así la libertad imaginativa y ordenadora de quien te analiza. Por el contrario, un padre puede arruinar la conducta familiar y extrafamiliar de sus hijos, así como obtener repercusiones negativas de éstos, tanto por presentar siempre su faz buena, triunfante y poderosa, como por encerrarse en un ostracismo impenetrable.

De todas formas, algo de razón tenía Bruno. Como quiere que el padre de Vicente fuese de León, ya no había más capital que el campamento de la " Legio VII Gemina ", ni más gótico que el de la " Pulchra ", ni más románico que el de la Colegiata rematada por gallo dorado, ni maravilla pictórica en atmósfera " con escalofrío de otras muertes y otras vidas " que la del Panteón de los Reyes, ni plateresco que cantasen con más arte, dignidad y grandeza los cinceles de la primera mitad del XVI.

Bruno, a pesar del gran cariño que sentía por Vicente, sabía como alterarle. Recuerdo con claridad su repentizada contestación a esos cuatro elogios. Se pasó el escalpelo demagógico de su cerebro a la lengua y soltó la siguiente andanada: " De cada una de esas cuatro maravillas que citas te voy a decir lo que les tienen que agradecer a tus queridos " paisanos ". Primero, de tu ciudad campamento " Legio ", nada. Está peor que cuando Augusto. La iniciativa privada de tus admirados está en guardar dinero debajo del ladrillo. Por lo que se refiere al engrandecimiento urbano con aportaciones trascendentes, se han echado el gran sueño de la indiferencia: despertaron un poco, allá por la década de los cuarenta, para dar media vuelta y seguir durmiendo. Prefieren el solar que niega la mano de

obra, la habitabilidad social moderna y el embellecimiento arquitectónico. Su egoísta teoría radica en que el solar cada día se gana el jornal sin complicaciones, y no satisfechos con no crear, arremeten contra el barrio antiguo y entre cacicada y descuido derriban el pasado característico e histórico, convirtiendo evocadoras construcciones en ese " obrero " anónimo, sin cargas sociales ni problemas que se llama solar. Del gótico, y por vuestra desidia, el tiempo escamoteo del pórtico de la " Pulchra " apóstoles, santos, ángeles, arcángeles y serafines y hasta los mismísimos demonios han preferido difuminarse de las arquivoltas, cansados de ver mejor tratados a los de carne y hueso que zascandilean camino de Ordoño II y Plaza de San Martín. Del Panteón Real, gracias al frío de muertes que dices, perduran las pinturas, que no a vuestro celo; pues si al igual que bien le hubieran hecho mal como al pórtico catedralicio, a estas horas ni habría almendrado con Cristo en Majestad, ni Tetramorfos, ni Poema de la Redención ni la Biblia en verso. Y anda que de la cuadra plateresca que aguantásteis indiferentes durante años es preferible no hablar. Ese sacrilegio artístico y del otro, estoy por asegurar que no se hubiese consentido en ninguna otra provincia y, en el caso de haber sido impuesto, nunca hubiese sido tan dilatada la perpetración. Si es hoy, y a pesar de su transformación, todavía llega a la doliente pituitaria del alma el olor a estiércol. Menos mal que en esto y en alguna que otra cosa compartís responsabilidades con Bellas Artes y el Ejército " .

Vicente se alborotaba momentáneamente, pero encalmaba con prontitud y suavidad como ese esbozo de oleaje que llega a las calas levantinas. Incluso, como aquél el remitir peina la alteración de la arena, él debilitaba el levante de su voz y terminaba reposando la noble mano sobre el hombro de Bruno.

Se le irritaba el subconsciente, más por servidumbre de amor a su padre que por las " verdades " — chafarrinones grotescos — en la locuacidad de Bruno. Porque la envidia de todo esto radica en que Vicente era madrileño. Su padre sí era leonés: nació y vivió en la Ribera del Orbigo hasta que se fue a servir al Rey. Creció en aquella ribera sin lúpulo cuando las truchas no tenían " Semana Internacional " y sí — para su mal — trasmayo y rastrón. Habitó en una casa más o menos normal por aquel entonces, maravillosa ahora. Vicente la conservó prácticamente igual. Su sensibilidad y buen gusto no le permitieron alterar en lo más mínimo el sabor primitivo: " cada rincón mantiene así, en superficie, el aliento y las miradas de mi padre ". Como yo pasé en ella veinte días de un estío quiero describirtela, aunque sea con ligereza. El mejor regalo que se le podía hacer a Vicente era difundir cualquier peculiaridad, por pequeña que ésta fuera, relacionada con la tierra que amaba. Cuanto te digo lo verás refrendado más adelante en las transcripciones de sus cartas (en una cita la casa). ¡ Con qué amor y sensibilidad " exportaba " a través de sus misivas aspectos humanos y paisajísticos de aquellos lugares: " Qué poco se conoce esta preciada y preciosa tierra leonesa en nuestra patria " .

La razón de que la distribución y amueblamiento en la casa sean casi museables estriba en que Vicente prohibió la entrada a la guarda gitanos - chamarilera. Se da la curiosa paradoja de haberse convertido lo raro en natural. La prosperidad que ha dado el lúpulo a esa comarca ha creado a su vez la sinrazón de las mutaciones. Las casas, interna y externamente, desentonan de su entorno imitando estructuras y distribuciones de la ciudad. Al propio tiempo, en la capital dormitorios.

halls y salones se embellecen con lo que el trajinante arrambló de los pueblos al grito cambalacho de " ¡ Cambio preciosa mesa de formica por inservible taquillón apollado ! "

La casa se resuelve en dos plantas rematadas por desván: ese desván de olor único, nacido de la fusión emanada por pimientos, higos, cebollas, manzanas, patatas retoñantes, uvas envejecidas, calabazas y mazorcas. Perfume denso, pegajoso y penetrante que trasciende a los grandes dormitorios para embalsamar los sueños.

Todas las habitaciones tienen vigas en el techo de formas blandas y casi sumidas de tanto enjalbegarlas, al igual que las paredes, en tonos pastel. En planta baja, portalón con postigo. Al cruzarlo, se recibe el saludo refrescante del zaguán. El pavimento es recio: se construyó con cantos donados por el truchero Orbigo. La distribución en el patio juega a las cuatro esquinas. En una, cuadra - corral con vaca ratina y siete manos entre conejos y gallinas. En la esquina opuesta, comedor de uso limitado: señor cura, médico, forasteros y la familia en los días de las Fiestas. En cada uno de los dos restantes ángulos, horno donde se cocía el pan y la espaciosa cocina, - comedor de diario. En el centro del patio, la higuera, esa imprescindible higuera de la que se cosecha a más de sus dos frutos anuales un tercero, el de su sombra.

Tras la casa, la huerta, despensa natural que presta humedad confortante en el verano a los adobes medianeros. A la salida del pueblo, bajo el teso pardo donde chicharra y grillo se ceden el testigo de su canto en los relevos de sol y luna. la fresca y relajante bodega. Dos cubas, de gajos antaños. son sus moradores. Nata - espuma en bocatesta y, en el lugar del pijo, pluma de pavo por donde, al ser sacada, mea fuerte el chisporroteante mosto digerido en su oronda y rezumante panza. ¡ Qué buenos ratos he compartido con Vicente en este marco ! El la llamaba su " pequeña catacumba ", " lugar de meditación donde me oculto de la persecución de los que quieren echar mis momentos de reflexión a los leones del barullo y la estulticia ".

Ahora esas deliciosas bodegas son compradas por entrañables asturianos. Las hacen un estropearreglo y las adornan con faroles de barco, que viene a ser como decorar una lonja marinera con murales de rastrojeras abrasadas por el sol y apeonantes perlices de antifaz rojo, y estirado y nervioso cuello.

Como te decía, Vicente nació en Madrid, al igual que su hermana, pero la semblanza del padre y aquella sangre que hirvió en el " aluche " y corriendo el " Mondo " le hicieron, de siempre, gozar y sufrir por León.

La primera visita a tierra de sus mayores la hizo cuando tenía diecinueve años: los mismos que su padre cuando llegó a Madrid. Si la censura del tiempo hubiera podido cortar cincuenta años a la vida, padre e hijo se hubieran cruzado en Medina del Campo. Fue aquél quien sugirió la primera visita. Sin mediar palabra - muy leonés - el padre le llevó directamente desde la estación a la Catedral.

" Cuando pisé el umbral de la " Pulchra ", un escalofrío recorrió mi cuerpo e invadió mi alma ".

De esa primera visita a la Catedral me escribía:

" He salido de esa caja mágica y multicolor transfigurado, sin expresión en el rostro - a decir de mi padre - como si un mago de tinieblas hubiese escamoteado mi alma, distrayéndome para su logro con las irisaciones de sus cincuenta manos de cristal ".

La atracción por su " novia " - presacramento con el que le confirmaron cuantos le conocieron - no le abandonó ya ni en el umbral de su muerte.

Con lentitud y penetrante silencio, como si de la celebración de un rito se tratara, el padre continuó mostrándole los restantes monumentos, el paisaje, la atmósfera, sus gentes.

De su llegada a Carrizo me decía:

" El prado está mullido: lo abraza una cerca de ramas donde la graja se posa para dar su grito soez que astilla la luz y el silencio. Junto a la casa está el establo, con madreñas a la puerta, donde rumia la vaca al tornar de la vecera, el dulce llantar de los pastos luminosos. El hogar tiene un banco que a su hora se transforma también en mesa. Hay camas de alzada estrafalaria y empinado acceso que auguran confortantes sueños. Los hombres y las mujeres añaden por aquí, al final de las frases, un tintineo cantarín ".

Las gentes. . . no le fue fácil penetrar en sus gentes.

" No sé si me expreso demasiado mal o resultado rebuscado. Lo que sí sé es que necesito su afecto. Son la misma sangre de mi padre y, por lo tanto, la mía. A pesar de esto, siento su hermetismo y frialdad. Estoy seguro de que la culpa tiene que ser mía ".

Vicente, que vivía de sensibilidades, de tarde en tarde, afortunadamente para él, tenía pequeños baches de sensibilidad: sufría por todo y por todos. En ocasiones, se daba tanto que la " gente " le menospreciaba.

" ¡ Ya estoy en diálogo ! Como siempre mi precipitación me hace cometer errores. El paso de las semanas me ha hecho comprenderles. Son maravillosos. Su andadura psicológica es más lenta y, por lo tanto, más segura. Cuando se conquista su amistad tiene el sabor de la fruta sazónada ".

" ¡ Querrás creer que en un sólo día he visitado cuatro veces la Catedral ! Ahora bajo casi todos los días a darla un saludo. ¿ Qué me ha pasado a mí con esa divina espina de cristal ? "

Antes de aquel primer viaje a León, Vicente había pasado seis meses en París ampliando estudios. Atravesó un gran momento creativo. En Madrid, pese a sus diecinueve años, los triunfos pictóricos se sucedían. Crítica y círculos competentes le seguían con atención.

Nadie llegó a comprender plenamente lo que le sucedió en ese viaje. Su propio padre, tras insistirle, una vez transcurrido el primer mes de estancia, para que regresara con él, no lo consiguió. Ocho meses más tarde, su estudio de Madrid seguía cerrado. Proyectos y cuadros quedaron en suspenso. Sus tertulios artísticos y literarios no acertaban a comprender.

Como se le notaba el deseo de permanecer en León, una empresa local le requirió como director artístico con un sueldo simbólico. El aportaba creatividad y técnica, por seguir " respirando León ". Los " fenicios " se aprovechaban del romance.

Los domingos iba a casa de sus familiares.

" Esta zona de Carrizo donde paso el fin de semana es transición entre la tierra de Campos, de Rueda y la montaña. Ayer he paseado la serpenteante garganta del Cares, recibiendo la bocanada húmeda y havérnica de esa laringe. Para poder probar en ella la existencia del agua, hay que lanzar un guijarro por entre sus cartilagos verdes y esperar el chasquido que sobresalta a la trucha adormecida en su limbo de sombras y humedades ".

Cuando a través de las cartas notaba que su espíritu se refugiaba en la paisajística, señal de que en lo convivencial había fricción. Cosa natural por demás, dada su hiperestesia y la promiscuidad vital a que obligan las provincias. ¡ No todo iban a ser ventajas !.

Familiares y amigos comentaban sus frecuentes visitas a la Catedral.

“ Dirás que me estoy volviendo loco, pero, si en mi deambular por sus penumbras el haz de luz que purifica el cristal tornándolo magenta se posa en mi mejilla, doy en pensar que el cielo la autoriza con ese símbolo a sosegar el anhelo de mi alma ”.

Los meses cubrieron anualidades. El paso del tiempo amortiguó los ecos plausibles de su arte. Dejaron de preguntarme por él. Yo cada vez recibía con mayor distancia sus cartas. Seguía refugiándose en el paisaje.

“ Te escribo desde las estribaciones de los Picos de Europa. Miro, de arranque a cresta. Peña Santa y Llambrión o Peña Bermeja, juego en el cerebro al balanceo disparatado de la cima y la sima. Es alucinante tocar las plantas con sudor de edades geológicas del gigante pétreo, sentir la gravitación de la mole y recorrer con la vista la cornisa o rodillas de estos magníficos “ moisés ”, esculpidos por manos divinas, con escoplos y mazas de vendavales y diluvios ”.

Vicente pertenecía a esa faz que intenta demostrar lo increíblemente bella que puede ser la vida. Cuando uno regresaba de admirarle y veía el mundo que vivimos, parecía imposible su existencia. Siempre me consideré afortunado por tener un amigo a lo Miguel Hernández (aquel otro gigante, que de tanto darse rebasó la humana poesía).

Vicente amaba todo: a la humanidad completa, las piedras desafiantes, las oprimidas y las que el hombre con su mano idealiza, al agua encalmada y la embravecida, la luz que anochece y la que hiere el día. Creía en la amistad porque la generaba y trascendía. Siempre habló bien del mundo, porque nunca se paró a contemplarse las heridas.

Lo daba todo, y eso jamás lo perdona la otra cara envilecida, que no está decidida a dejar prosperar a ningún “ mesías ” que venga a resolver, con el amor, la incomprensión que ella hace germinar entre los hombres. Esa faz es muy perseverante: se disfraza de amigo, de familia, de gentes, es la procesionaria que se encarama lentamente al noble árbol de la vida para devorar sus incipientes frutos.

En Madrid se le archivó en la letra del olvido, más allá. . . en la de enfermizo. ¡ Con qué desvergüenza borra, califica y toma decisiones la ignorancia !. El se hizo hermético, dato, para su mal, significativo.

Su amor de piedra y cristal, ya ni conmigo lo solía mencionar. ! Tanto le hicieron sufrir !.

Desde su ya habitual refugio de paisaje, alimentaba el espíritu para dejar testimonio de su gran belleza. Esto es lo que me anima a difundir sus cartas. Es posible que él lo presagiara.

En otro de sus múltiples viajes a la vertiente leonesa de los Picos de Europa, escribía:

“ Qué maravilloso es ver jugar a Dios en esta parcela de la naturaleza. ¡ Qué colosal Prestimano !. Con su poder tautomático saca de la gran chistera del magma el teorema de la fuerza, de los grandes contrastes. Espacios abiertos como

océanos de atmósfera que se pierden en oleadas de bruma por donde el horizonte se difumina. En los valles la quietud y el silencio se relajan y revuelcan voluptuosamente sobre el césped, como enamorados ébrios y lascivos, y se agradece que los corten su muda bacanal el tañer de una esquila, aquí con categoría de campana catedralicia, evitándonos así dar un grito nervioso que frene la angustiada sensación de habernos quedado huecos.

En estas brusquedades, entre la subida fatigante y la bajada vertiginosa, es donde con más frecuencia se encuentra uno con Dios. Con ese Dios natural, sin olor a incienso ni ecos de salmodia, con ese Dios de brezos y tomillo, de cascajal, de corteza de árbol y resina, de flor silvestre y milano estático en el viento, de aire fresco, limpio y sosegado que imparte confortantes bendiciones ”.

La súbita muerte de su padre vino a colaborar con la vertiente negativa. No quiso desplazarse a Madrid. Realizó desde León, en colaboración con su hermana, los trámites para que el cuerpo fuera enterrado en su ribera.

Yo ignoré la muerte de su padre y el traslado de los restos. No lo dijo a nadie. Preocupado por su silencio a mis repetidas cartas, llamé a su hermana. Ella me informó de lo acaecido. También me dijo que Vicente se había desplazado a Liegos a pasar una temporada en la casa rectoral de un cura amigo.

Desde allí, me mandó la que sería su última carta, su último grito de nostalgia, de preocupación por sus semejantes. Olvidándose de su propia tragedia, clamaba en denodado esfuerzo por hacer ver y compartir los tristes momentos de los moradores de los pueblos afectados por el Pantano de Remolina:

“ Te escribo desde un pueblo que se quedará al borde de lo anegado. Desde aquí mi vista alcanza gran parte del paraje sentenciado. Jamás deberían olvidar aquellos pueblos que se benefician de esta hecatombe, inteligentemente premeditada, que Riaño, Salio, Pedrosa, Boca de Huérgano, La Puerta, Escaro, Vegacerneja y Burón dan su vida para que renazcan ellos, y tendrán obligación de recordar que, disuelto en esas aguas que cantarán en nuevas acequias, va el rincón caliente y amoroso de la casa donde la madre siempre se sentaba, donde amamantó a su prole. Y aquél donde el padre descansaba el ligero abatimiento después de la vigilia prolongada. La mesa, con tapete envainicado, que vio durante no sé cuántos años la misma baraja jugar al tresillo. Aquella cerca, donde se dijo el “ sí ”, inicio de toda una familia. Terrones empapados en el sudor de la agotadora faena. . . También dormirán en la profundidad de esas aguas los ecos de los rezos de la Iglesia, el portador triangular de velas de las ánimas, el baptisterio que antes tuvo otra agua que más vivificara. Los pasos de jota de mozos y mozas que en la pradera estaban y el calcio de los huesos que en el recoleto cementerio descansaban ”.

Por razones profesionales tuve que estar cuarenta días en Canarias. El destino preparó el tránsito de Vicente manteniéndome en la ignorancia. Cuando regresé, entre la abundante y liviana correspondencia encontré el recordatorio de su irremediable despedida.

Después, la visita a su hermana . . . la pregunta obligada: -- ¿ Como ha sido, algún accidente ? . -- No, el hígado. En una semana sucedió todo . . . No teníamos tu dirección . . . Luego, me entregó la poesía, esta poesía libre, sentida, como fue su pintura, como fue su propia vida.

PASO DE ENTRADA A LA CATEDRAL DE LEON

*Cruzo los grises lúcidos del alma que te nimba
y quedo inmerso en suspiro de agonía,
la garganta se clausura, el corazón no rima
y mis cuencas, transidas de nostalgias, adivinan.*

*He pisado tu frío que me aviva;
tu frío, que es de muerte y que es de vida,
tu frío de colores, que se filtra
rompiendo umbrías malas en la ojiva.*

*Quedo yerto en los siglos de tus siglos,
tu muerte me hace temblar en alegrías;
eres toda sepulcro y, a quien te pisa,
el frío de otros mundos le das por bienvenida.*

*Trazo el aire, cual ciego que amanece,
toco tu atmósfera, sudor de fiebre fría;
mi cuerpo . . . ya no pesa: irradia, se alucina,
ya soy muda canción en gárgola divina.*

Tienes todo el poder del Cielo entre crujías,

*un sólo paso en ti son cien mil vidas,
tu aliento: las muertes todas en el mundo habidas,
que por amor retornan a consolar heridas.*

*¡ Por qué te amaré tanto, espina mía !.
Nada puedo alcanzar sin tu fría caricia
y desde el instante aquel, paso de muerte y vida,
adalid de la lid soy, en añoranzas y agonías.*

*Por el Dios que te hizo, te suplico
que, cuando dé en la muerte con mi vida,
me cedas tu regazo, piedras palidecidas,
para guardar en él, por siempre viva,
mi lágrima de alma, que enamorada expía.*

De forma inconexa, por evitar en lo posible mi aportación e ir con vehemencia a sus escritos, he intentado cumplir tu petición. Ahora ya tienes parte de sus sensaciones, que es como tener parte de su vida, lo que el volcán de su pecho me enviaba. Este envío me conforta. . . ya somos dos. Te prometo que haré cuanto sea posible para difundir estas vivencias. Vivencias de un ser que, transfijo de amor por su espina de cristal, ha entrado por derecho propio en la leyenda.

